

CONCURSO DE LECTURA Y DIBUJO INFANTIL
Historias de ensueño: Leonora Carrington para niños

ÍNDICE DE TEXTOS

Las vacaciones del esqueleto	2
¡Vuela, paloma!	4
Las hermanas	14
Conejos blancos	21
El hombre neutro	25
Et in bellicus lunarum medicalis	30
Mis pantalones de franela	35
Historia del cadáver feliz	39

Las vacaciones del esqueleto

El esqueleto era feliz como un loco al que le quitan la camisa de fuerza. Se sentía liberado, al poder caminar sin carne. Ya no le picaban los mosquitos. No tenía que ir a cortarse el pelo. No pasaba hambre, ni sed, ni frío ni calor. Se hallaba muy lejos del lagarto del amor. Durante un tiempo, lo había estado observando un profesor de química alemán, pensando que podía convertirlo en un delicioso *ersatz*: dinamita, mermelada de fresa, *sauerkraut* aderezado. El esqueleto supo burlarlo dejando caer un hueso de zepelín joven, sobre el que saltó el profesor, entonando químicas alabanzas y cubriéndolo de besos.

La morada del esqueleto tenía cabecera antigua y pies modernos. Su techo era el cielo y su suelo la tierra. Estaba pintada de blanco y decorada con bolas de nieve en las que latía un corazón. Parecía un monumento transparente soñando con un pecho eléctrico, y miraba sin ojos, con agradable e invisible sonrisa, dentro de la inagotable provisión de silencio que envuelve nuestra estrella.

No le gustaban al esqueleto los desastres, pero para indicar que la vida tiene sus momentos arriesgados, había colocado un enorme dedal en medio de su precioso apartamento, sobre el cual se sentaba de vez en cuando como verdadero filósofo. A veces bailaba unos pasos al son de la *Danza macabra* de Saint-Saëns. Pero lo hacía con tal gracia, con tal inocencia, a la manera de las danzas nocturnas de los antiguos cementerios románticos, que nadie al verlo lo habría juzgado desagradable.

Satisfecho, contempló la Vía Láctea, esa legión de huesos que rodea el planeta nuestro. Centellea, brilla, resplandece con toda su mirada de esqueletos diminutos que danzan, saltan, dan volteretas y cumplen con su deber. Acogen a los caídos en mil campos del honor: del honor de las hienas, de las víboras, de los cocodrilos, de los murciélagos, de los piojos, de los sapos, de las arañas, de las solitarias, de los escorpiones. Dan los primeros consejos, ayudan en sus primeros pasos a los recién fallecidos que se sienten desventurados en su abandono como los que acaban de nacer. Nuestras repugnantes, eminentes cohortes —cohermanos, cohermanas, cotíos y cotías que huelen a jabalí y tienen la nariz encostrada de ostras secas— se han transformado al morir en esqueletos. ¿Habéis oído el gemido espantoso de los muertos en una masacre? Es la terrible desilusión de los recién nacidos a la

muerte, que habían esperado y merecido eterno sueño, y se descubren engañados, atrapados en una máquina imparable de sufrimiento y dolor.

El esqueleto se levantaba cada mañana, limpio como una hoja de afeitarse. Adornaba sus huesos con yerbas, se cepillaba los dientes con tuétano de antepasados, y se pintaba las uñas con rojo Fatma. Por la noche, a la hora del coctel, iba al café de la esquina, donde leía el *Diario del Nigromante*, periódico predilecto de los cadáveres distinguidos. A menudo se divertía gastando bromas pesadas. Una vez fingió tener sed y pidió recado de escribir; se vació el tintero entre las mandíbulas y el costillar: la tinta lo salpicó y manchó sus blancos huesos. En otra ocasión entró en una tienda de objetos de broma y se compró un surtido de bromas parisienses: imitaciones de excrementos. Por la noche puso una en su orinal; y jamás se recobró su sirvienta de la impresión que recibió por la mañana: de pensar que un esqueleto que no comía ni bebía había defecado como el resto de nosotros.

Sucedió que un día el esqueleto trajo algunas avellanas que andaban por el monte con sus patitas, las cuales vomitaban ranas por la boca, los ojos, las orejas, la nariz y demás aberturas y agujeros. El esqueleto se asustó, como el esqueleto que topa con un esqueleto en pleno día. Le había crecido rápidamente un detector de calabazas en la cabeza, con un lado diurno como un pan de pachulí y un lado nocturno como el huevo de Colón; y se fue, medio tranquilizado, a ver a una pitonisa.

¡Vuela, paloma!

—Alguien se acerca por el camino. Alguien que viene a verme; alguien a quien no conozco, aunque sólo lo veo de lejos.

Me incliné sobre el balcón y vi cómo la figura aumentaba rápidamente de tamaño; porque se acercaba a gran velocidad. Pensé que era una mujer: su cabello largo, liso, llegaba hasta la crin del caballo. El caballo era grande, de huesos fuertes y redondos; y era una extraña mezcla de sombras rosadas y púrpuras, del color de las ciruelas maduras; de ese color que llaman ruano. De todos los animales, el caballo es el único que tiene ese color rosado.

La persona que montaba el caballo vestía de manera bastante desastrada; me recordaba la lana de una oveja de montaña. En cambio, los colores eran ricos, casi regios, y se adivinaba una camisa dorada entre los mechones sueltos de la lana. La verdad es que, al observarla más de cerca, la camisa estaba algo sucia y llena de agujeros; pero el efecto general era impresionante.

Se detuvo al pie de mi balcón y alzó los ojos hacia mí.

—Traigo una carta que requiere inmediata respuesta.

La voz era de hombre; así que me sentí completamente perpleja en cuanto al sexo de la persona.

—¿Quién eres tú? —pregunté con cautela.

—Soy Ferdinand, emisario de Célestin des Airlines-Drues.

La voz del jinete, muy suave, era indiscutiblemente de hombre: a mi olfato llegó olor a heliotropo y a vainilla mezclados con sudor. Me incliné hacia él y, cogiendo la carta de su mano, aproveché la ocasión para mirarle la cara, que llevaba medio oculta. Era muy blanca, y tenía los labios pintados de rojo púrpura. El caballo sacudió su cuello robusto.

“Señora —decía la carta—, le ruego que tenga la amabilidad de ayudarme en mi honda aflicción. A cambio, tendrá conocimiento de algo sumamente provechoso para usted”.

“Confíe a mi emisario su honorable persona, al igual que sus telas, pinceles y cuanto necesite en su profesión de artista”.

“Le suplico, querida señora, que acepte mi más profundo y sentido respeto.” Firmado:
“Célestin des Airlines-Drues.”

No tardé en hallarme sentada sobre la ancha grupa del caballo, detrás del emisario Ferdinand. Mi equipaje iba atado a la silla.

Salimos en dirección oeste, por un camino que cruzaba cierta región agreste donde abundaban enormes y oscuros bosques.

Era primavera. El cielo, plomizo y cargado, dejaba caer una lluvia tibia; el verde de los árboles y los campos era intenso. De cuando en cuando me vencía el sueño, y en varias ocasiones estuve a punto de caerme del caballo; pero me agarraba a las ropas lanudas de Ferdinand. Él no parecía preocuparse por mí; iba pensando en otra cosa, y cantando “Suspiros de la rosa moribunda”.

*Sus pétalos fríos sobre mi corazón
mis cálidas lágrimas no pudieron dar calor
al terciopelo
de la piel de mi Rosa
AY, DE MI ROSA*

Esta última frase me despabiló por completo, porque me la gritó con insoportable brutalidad en el oído izquierdo.

—¡Idiota! —grité furiosa.

Ferdinand se echó a reír blandamente. El caballo se había detenido. Estábamos en un patio inmenso, a unos cien metros de una casona. Esta casa, de piedra oscura y amplias proporciones, tenía un aspecto tan triste que sentí verdaderas ganas de dar media vuelta y volverme a casa. Todas sus ventanas estaban cerradas; no salía ni una voluta de humo por ninguna de sus chimeneas, y había cuervos posados por todo el tejado.

El patio parecía tan desierto como la casa.

Pensé que debía de haber un jardín al otro lado de la casa, porque vi árboles y un cielo pálido a través de una gran verja de hierro forjado. La entrada era extraña; el hierro forjado mostraba un ángel sentado en un círculo, con la cabeza echada hacia atrás en un

perfil acongojado. A la derecha, hacia la parte superior del círculo, una olita de agua, también de hierro forjado, corría hacia la cara del ángel.

—¿Dónde estamos? —pregunté—. ¿Hemos llegado?

—Estamos en las Airlines-Drues —contestó Ferdinand tras un momento de silencio.

Miró hacia la casa sin volver la cabeza. Me pareció que esperaba a alguien, o algo. No se movió. El caballo estaba inmóvil, y miraba al frente también.

De repente, empezaron a sonar campanas: en mi vida había oído tal concierto de campanas. El eco que despertaron se propagó a nuestro alrededor, por entre los árboles, como un líquido metálico. Molestos, los cuervos del tejado alzaron el vuelo.

Iba a preguntarle a mi compañero sobre el particular, cuando un coche tirado por cuatro caballos negros pasó junto a nosotros a la velocidad de una sombra. El carruaje se detuvo frente a la verja, y vi que era un coche fúnebre suntuosamente decorado con tallos y flores. Los caballos eran de la misma raza que el del heraldo, lustrosos y redondos; pero éstos eran negros como la uva moscatel.

Se abrió la puerta de la casa y salieron cuatro hombres con un féretro.

El caballo de Ferdinand empezó a relinchar, y contestaron los caballos negros, volviendo sus cabezas hacia nosotros.

Los hombres que transportaban el féretro iban vestidos del mismo modo que Ferdinand, con una única diferencia en el color de sus ropas flotantes: púrpura, negro y un carmesí muy oscuro. Tenían la cara blanquísima y pintada como la de Ferdinand. Todos llevaban el cabello largo y abundante, mal peinado, como pelucas de otro tiempo olvidadas en el desván durante años.

Apenas había tenido yo tiempo de darme cuenta de todo esto cuando Ferdinand dio a su caballo un golpe con la fusta y salimos a galope tendido por una avenida, levantando piedras y polvo detrás de nosotros.

La carrera era tan veloz que apenas podía fijarme en lo que había a mi alrededor. Pero me dio la impresión de que atravesábamos un bosque. Al final, Ferdinand detuvo el caballo en un claro rodeado de árboles. El suelo estaba cubierto de musgo y flores silvestres. Había una butaca a unos metros de nosotros, tapizada de terciopelo verde y malva.

—Baje, por favor —dijo Ferdinand—. Instale su caballete a la sombra. ¿Tiene sed?

Le dije que me apetecía beber alguna cosa y me deslicé del lomo del caballo. Ferdinand me ofreció un termo que contenía un líquido muy azucarado.

—No tardarán en llegar —prosiguió, mirando hacia la espesura del bosque—. Pronto se habrá puesto el sol. Coloque aquí el caballete; aquí es donde va a pintar usted el retrato.

Mientras me dedicaba a montarlo, Ferdinand quitó la silla y la brida al caballo, y seguidamente se echó en el suelo, y el caballo junto a él.

El cielo se volvió rojo, amarillo y malva. Y empezó a anochecer. Se puso a llover; sobre la tela y sobre mí caían grandes goterones.

—Ahí están —dijo de pronto Ferdinand en voz alta.

El claro se pobló en seguida de gente. Estas personas que iban cubiertas con velos, se parecían más o menos a los hombres que habían transportado el ataúd. Formaron un círculo bastante amplio en torno a mí y el sillón. Todos hablaban en voz baja, y de cuando en cuando se echaban a reír de manera estridente. Serían unas cuarenta personas.

Poco después se oyó una voz alta y clara detrás del círculo: “Así, Gustave. No, no, amigo mío; más a la izquierda...”

—Quién iba a imaginar que fuera tan pesada —contestó una voz más baja—. Sin embargo, no estaba gorda.

La risa sonó como el balido de una oveja; y al mirar a mi alrededor, tuve la vívida impresión de que estaba rodeada por un rebaño de extrañas ovejas vestidas para un ritual melancólico.

Parte del círculo se hizo a un lado, y los cuatro hombres que yo había visto antes entraron de espaldas, transportando el ataúd.

Les seguía un individuo alto y flaco, hablando con voz clara y alta: “Ponedla junto al sillón. ¿Han sido perfumados los ropajes?”

—Sí, Monsieur des Airlines-Drues; ésas fueron sus órdenes.

Miré interesada al caballero. No pude ver su rostro, pero sí vi una de sus manos blancas que gesticulaba como la trompa de un elefante. Llevaba una inmensa peluca blanca cuyos tirabuzones le bajaban rígidos hasta los pies.

—¿Está aquí la pintora? —preguntó.

—Sí, señor; aquí está.

—Ah, ya la veo. Ha sido usted muy amable, mi querida señora, al honrarnos en venir. Sea bienvenida.

Se acercó a mí y se apartó los mechones de pelo que le ocultaban la cara. En efecto, era la cara de una oveja, aunque cubierta con una suave piel blanca. Sus labios negros eran muy delgados, y extrañamente móviles. Le estreché la mano con cierta repugnancia, porque era demasiado blanda.

—He admirado mucho su trabajo —murmuró Monsieur des Airlines-Drues—. ¿Cree usted que puede sacarle un parecido absolutamente perfecto? —hizo un gesto hacia el ataúd, que ahora estaba abierto.

Dos hombres sacaron el cadáver de una joven. Era hermosa y tenía una abundante mata de pelo negro y sedoso; pero su piel estaba ya fosforescente, luminosa, vagamente malva. Me llegó cierto olor desagradable. Monsieur des Airlines-Drues, al verme arrugar la nariz involuntariamente, me dedicó una encantadora sonrisa de disculpa.

—Es muy difícil —dijo— separarse de los restos de aquellos a quienes se ha amado... adorado. Estaba seguro de que tendría su comprensión en este asunto. Mi esposa murió hace dos semanas, y con este tiempo pesado, húmedo, que hemos tenido...—acabó la frase con un gesto de una de sus bellas manos—. En resumen, estimada señora, le ruego que sea paciente. Ahora me voy y la dejo a solas con su arte.

Saqué colores de los tubos y empecé a pintar el retrato de Madame des Airlines-Drues.

Los individuos ovejunos que me rodeaban empezaron a jugar al juego de hacer volar palomas: “Vuela, paloma; vuela, oveja; ángel, vuela...”

El crepúsculo parecía durar interminablemente. La noche, que había parecido inminente, no cerraba del todo, y la luz mortecina del claro seguía siendo lo bastante fuerte como para que yo pudiese seguir trabajando. Hasta más tarde, no noté que la luz aprisionada en el círculo no provenía de otra fuente que del cuerpo de Madame des Airlines-Drues. El bosque estaba totalmente oscuro. Yo me había enfrascado por completo en mi trabajo y no me daba cuenta de que llevaba un rato a solas con la mujer muerta.

Me sentí satisfecha con el retrato, y retrocedí unos pasos para ver la composición en su conjunto. La cara del lienzo era la mía.

No daba crédito a mis ojos. Sin embargo, al comparar el modelo con el retrato, comprobé que su fidelidad era innegable. Cuanto más miraba el cadáver, más sorprendente era el parecido con esos rasgos pálidos. Sobre el lienzo, en cambio, la cara era incuestionablemente mía.

—El parecido es extraordinario; mi enhorabuena, señora.

La voz de Monsieur des Airlines-Drues me llegó por encima del hombro izquierdo.

—Son exactamente las doce del mediodía; aunque uno no se entera del sol en este bosque. De todos modos, el arte es una magia que disuelve las horas y reduce los días incluso al tamaño de segundos, ¿no es verdad, mi querida señora? ¿Cree usted que podrá terminar ahora el retrato sin modelo? Comprenda que mi pobre esposa lleva muerta tres semanas. Debe de estar ansiando el bien merecido descanso... No es frecuente que alguien tenga que trabajar tres semanas después de su propio óbito.

Dejó escapar una risita para subrayar su chiste.

—Puedo ofrecerle una habitación agradable y bien iluminada en Airlines-Drues. Permítame, querida señora, que la lleve allí en mi coche.

Seguí al pelucón andante como una sonámbula.

El estudio era una habitación grande, con un enorme armario que ocupaba la pared del fondo. La habitación había sido lujosa en otro tiempo, pero las colgaduras de seda bordada estaban ahora desgarradas y llenas de polvo, los muebles delicadamente tallados estaban rotos, y los dorados se habían desconchado en algunos sitios. Varios caballetes grandes en forma de cisnes y sirenas se alzaban aquí y allá como esqueletos de otros seres. Las arañas habían tejido sus telas entre ellos, dando a la habitación un aspecto fosilizado.

—Éste es el estudio de Madame des Airlines-Drues. Aquí es donde murió.

Registré el armario. Había gran cantidad de ropas, pelucas y zapatos viejos revueltos en desorden. Parecían prendas de disfraces, y algunas me recordaron el circo.

—Debió de jugar a disfrazarse en sus tiempos, sola en el estudio: dicen que le gustaba actuar.

No fue poco interesante el descubrimiento que hice de su diario, encuadernado en terciopelo verde. Llevaba su nombre en la portada, con una letra cuidada pero curiosamente infantil.

—Agathe des Airlines-Drués. Por favor, respete este libro; su contenido está destinado a los ojos de Eleanor. Agathe des Airlines-Drués.

Empecé a leer.

Querida Eleanor:

Cuánto vas a llorar cuando leas este librito. Estoy utilizando pachulí para perfumar sus páginas, a fin de que me recuerdes más. Nuestros recuerdos más intensos son de perfumes y olores. ¡Cuánto vas a llorar! De todos modos, eso me alegrará. Me gustaría que llorases mucho.

Hoy es mi cumpleaños y, naturalmente, el tuyo también. Qué divertido, tener la misma edad. Me gustaría muchísimo verte, pero ya que no es posible, te lo voy a contar todo en este diario: todo (Dios mío, si me oyese Célestin). El matrimonio, naturalmente, es algo espantoso; ¡sobre todo el mío! Mi madre escribe: “Estoy bordando cositas para ti, o más bien para alguien muy próximo a ti, cariño. Para una criaturita que seguramente no tardará en venir.”

Ah, Eleanor, antes tendré un hijo de una de las sillas de mi estudio, que de Célestin. ¡Escucha! La noche de boda (!) me acosté en la cama grande cubierta de cortinajes de color rosa ácido. Al cabo de más de media hora, se abrió la puerta y vi una aparición: un individuo vestido con plumas blancas y alas de ángel. Y me dije a mí misma: “Seguro que me voy a morir, porque aquí viene el ángel de la Muerte.”

El ángel era Célestin.

Se despojó de sus ropas, y tiró su camisón de plumas al suelo. Estaba desnudo. Si las plumas eran blancas, su cuerpo era cegadoramente igual. Creo que debió de pintárselo con algún producto fosforescente, porque brillaba como la luna. Llevaba medias azules con rayas rojas.

—¿No te parezco hermoso? —preguntó—. Dicen que lo soy.

Yo estaba demasiado fascinada para contestar.

—Mi querida Agathe —prosiguió, mirando su imagen en el espejo—, como ves, no estás entre campesinos... (aquí me llaman “madam”).

Volvió a ponerse las plumas y las alas. De repente, sentí mucho frío; me empezaron a castañetear los dientes. Y ahora escucha con atención, Eleanor. Cuanto más miraba a

Célestin, más ingrátido me parecía, como una pluma. Empezó a pasear por la habitación de manera extraña. Sus pies parecían tocar cada vez menos el suelo. Luego comenzó a deslizarse por la puerta hacia el pasillo. Me levanté y eché a correr hacia la puerta. Célestin se desvaneció en la oscuridad... Sus pies no rozaban ya el piso. Estoy absolutamente segura de lo que estoy diciendo. Sus alas se agitaban muy lentamente... pero...

¡Así que ya ves cómo fue el comienzo de mi matrimonio!

Estuve sin ver a Célestin una semana. Es más, apenas vi a nadie, salvo a un viejo criado llamado Gaston. Me traía de comer; siempre cosas dulces. Viví en mi estudio, y desde entonces he seguido viviendo aquí. Me siento muy triste, Eleanor; tan triste que mi cuerpo se ha vuelto transparente; he derramado demasiadas lágrimas. ¿Es posible disolverse en agua sin dejar rastro? Estoy sola tan a menudo que he concebido una especie de amor por mi imagen en el espejo. Pero Eleanor, ahora viene lo peor de todo: hace poco he encontrado muy difícil ver mi imagen. Sí, es horrible, pero es verdad. Cuando me miro en el espejo, mi cara es brumosa. Y... creo... no, estoy segura, que puedo ver los objetos de la habitación detrás de mí a través de mi cuerpo.

Ahora estoy llorando tanto que no puedo ver el papel sobre el que escribo.

Todos los días, Eleanor, me disuelvo un poco más; aunque nunca me ha gustado tanto mi cara. Intento pintar mi retrato a fin de tenerme cerca todavía, ¿comprendes? Pero... no puedo. Me eludo.

Y otra cosa más: los objetos de mi alrededor se están volviendo terriblemente claros y vívidos; mucho más vivos que yo. Comprenderás, Eleanor; que estoy asustada... Y mira, las sillas de esta habitación son muy antiguas, y lo mismo el resto de los muebles. Pues la semana pasada vi un pequeño brote verde en una de estas sillas viejas; la clase de brote que aparece en los árboles cuando llega la primavera. Y ahora... qué horrible... el brote se ha convertido en hoja... ¡Eleanor!

Unos días más tarde:

La habitación está llena de brotes. Todos los muebles han sacado yemas verdes; muchas sillas tienen ya hojas; pequeñas, frágiles hojitas de un verde tierno. Es absurdo ver salir esas hojas jóvenes de unos muebles tan viejos y polvorientos.

Ha venido Célestin. No ha notado nada, pero me ha tocado la cara con esas manos tuyas, tan suaves... demasiado... Ha dicho: “Siempre serás una cría, Agathe. Mírame, soy terriblemente joven; ¿a que sí? Luego se ha parado y se ha echado a reír. Tiene una risa muy aguda.

“¿Haces representaciones para ti sola?”, preguntó.

Eso no es verdad, Eleanor... yo sólo me pongo disfraces para hacerme más sólida, más sustancial; para no... ¡adivina lo que iba a decir!.

“Agathe, ¿jugaste alguna vez, cuando eras niña, a volar palomas?”

Célestin me hizo esta extraña pregunta mientras se miraba en el espejo. Le contesté que era un juego que me divertía mucho de pequeña.

Luego la habitación se ha poblado de individuos extraños vestidos de oveja. Pero, Eleanor, estaban desnudos... Sus ropas no eran otra cosa que lana. Todos eran hombres pintados como ramerías.

“Los corderos de Dios”, dijo Célestin.

Nos sentamos alrededor de una mesa, y de repente aparecieron unos veinte pares de manos por entre los mechones de cabello. Observé sus uñas lacadas, pero sucísimas. Eran unas manos pálidas, grisáceas.

Fue una impresión momentánea tan sólo, porque yo en realidad sólo tenía ojos para las manos de Célestin. Te juro, Eleanor, que sus manos chorreaban de humedad... y eran muy suaves; y tenían un color muy extraño; como de madreperla. Él también se miraba las manos con una sonrisa secreta.

“¡Vuela, paloma!”, gritó; y todas las manos se elevaron en el aire, agitándose como si fuesen alas. Mis manos también aletearon en el aire.

“¡Vuela, oveja!”, exclamó Célestin.

Temblaron las manos sobre la mesa, pero no se levantaron.

“¡Vuela, Ángel!”

Hasta aquí, nadie cometió ningún error.

Y de repente, la voz de Célestin se elevó en un grito agudo, un grito terrible: “¡VUELA, CÉLESTIN!”

Eleanor, cariño, sus manos...

El diario de Agathe se interrumpía súbitamente en este punto.

Me volví hacia su retrato: el lienzo estaba vacío; no me atreví a mirarme la cara en el espejo. Sabía lo que iba a ver: ¡tenía las manos muy frías!

Las hermanas

Drusille —rezaba la carta:

Drusille, pronto estaré contigo. Mi amor ya lo está; sus alas son más veloces que mi cuerpo. Cuando me encuentre lejos de ti, no soy más que un pájaro disecado; porque tú eres guardiana de mis órganos vitales, de mi corazón y mis pensamientos.

Drusille, abrazo el viento del sur porque sopla hacia ti. Drusille, ¡vida mía! Tu voz es más conmovedora que el trueno; tus ojos, más arrolladores que el relámpago. Drusille, maravillosa Drusille, te amo, te amo, te amo, sentada en la lluvia, con tu rostro largo y feroz pegado a esta carta.

Los truenos rugían a su alrededor, y el viento le azotaba la cara con su pelo mojado. La tormenta era tan terrible que arrancaba las flores de sus tallos y las arrastraba en fangosa corriente hacia un destino desconocido. No eran las flores las únicas víctimas; porque el agua barría también mariposas aplastadas, frutas, abejas y pájaros.

Drusille, sentada en su jardín en medio de todo este estrago, reía. Reía con una risa agria, con la carta estrujada contra su pecho. Sentados a sus pies, dos sapos siseaban este pensamiento monótonamente: “Drusille, mi Belzamine; Drusille, mi Belzamine.”

De repente, el sol rasgó las nubes y derramó un furioso calor amarillento sobre el jardín mojado. Drusille se levantó y se metió en casa.

La doncella, Engadine, se hallaba sentada en el suelo, con las manos ocupadas con verduras: estaba preparando la cena. Miró a su ama con ojillos astutos.

—Prepara el aposento real —dijo Drusille—. El rey llegará aquí esta noche. Date prisa; y rocía las sábanas con perfume.

—Ya lo sabía —dijo Engadine—. La carta ha pasado ya por mis manos.

Drusille le dio una patada en el estómago.

—Levanta, berza.

La criada se levantó, con la cara tensa de dolor.

—¿Jazmín o pachulí?

—Pachulí para las almohadas, jazmín para las sábanas, y almizcle para las mantas púrpura. Pon la bata lila sobre la cama con los pijamas escarlata. Date prisa, o te doy una bofetada.

En la cocina, eran puestos al fuego y sacados del horno pasteles y tartas enormes. Granadas y melones rellenos de alondras atestaban la cocina: vacas enteras daban vueltas lentamente ensartadas en espetones; faisanes, gansos y pavos reales aguardaban turno para ser guisados. En los corredores se hacinaban cajones repletos de fantástica fruta.

Drusille deambulaba despacio en esta selva de alimentos, probando una alondra o un pastel aquí y allá.

En las bodegas, los viejos toneles de madera entregaban su contenido de sangre, miel y vino. La mayoría de los criados estaban diseminados por el suelo, completamente borrachos. Drusille aprovechó la ocasión para esconderse una damajuana de miel debajo de la falda. Subió al desván. La parte de arriba de la casa se hallaba sumida en profundo silencio; las ratas y los murciélagos poblaban la escalera de caracol. Drusille llegó finalmente ante una puerta, y la abrió con una llave grande que llevaba colgada del cuello con una cadenita.

—Juniper —dijo—, ¿estás ahí?

—Como siempre —respondió una voz desde la oscuridad—. Yo no me muevo.

—Te he traído de comer. ¿Te encuentras mejor hoy?

—Mi salud es siempre excelente, hermana.

—Estás enferma —replicó Drusille con voz irritada—. Pobrecita mía.

—Hoy es jueves, ¿verdad?

—Sí, efectivamente; es jueves.

—Entonces se me permite una vela. ¿Me la has traído?

Drusille vaciló un instante; luego habló con embarazo. “Sí, te he traído una vela. Me porto bien contigo.”

Silencio.

Drusille encendió la vela, que iluminó un desván pequeño, sucio y sin ventanas. Posado en un palo cerca del techo, un ser extraordinario miraba la luz con ojos ciegos. Tenía el cuerpo blanco y desnudo; le salían plumas de los hombros y alrededor de los

pechos. Sus brazos blancos no eran alas ni brazos. Una mata de cabello blanco le caía alrededor de la cara, cuya piel era como el mármol.

—¿Qué me has traído de comer? —preguntó, saltando sobre su percha.

En el instante en que vio moverse a la criatura, Drusille cerró de un portazo tras ella. Pero Juniper no tenía ojos más que para la miel.

— Tienes lo menos para seis días —dijo Drusille.

Juniper estuvo un rato comiendo en silencio.

—Bebe —dijo Drusille finalmente. Le tendió un vaso de agua, pero Juniper meneó la cabeza.

—De ésa no, hoy. Necesito de la roja...

Drusille se echó a reír. “No, no te voy a dar... La última vez que bebiste de la roja me mordiste. Te excita demasiado. El agua es buena para la sed.”

—Roja —insistió Juniper con voz monótona—. De lo contrario chillaré.

Con un movimiento rápido, Drusille se sacó un cuchillo de entre los pechos. Se lo puso en el cuello a su hermana, que saltó en su percha profiriendo gritos roncocos como un pavo real.

Poco después habló Juniper con voz ahogada por las lágrimas: “Yo no quería nada malo; yo sólo quería un vasito, nada más. Tengo mucha sed, mucha sed. Querida Drusille, yo sólo quiero una simple gotita... y después, mirar la luna hermosa cinco minutos... Nadie me verá, nadie; te lo prometo, te lo juro. Me tumbaré en el tejado para mirar la luna. No me iré, volveré en cuanto haya visto la luna.”

—¿Y después qué? ¿Y si quieres que te coja la luna para alumbrarte el desván? Escucha, Juniper. Estás enferma, muy enferma. Yo sólo quiero lo mejor para ti; y si sales al tejado te vas a resfriar, y te morirás...

—Si no veo la luna esta noche, mañana habré muerto.

Drusille dejó escapar un grito de rabia. “¿Quieres hacerme el favor de callar? ¿No es bastante lo que hago por ti?”

De repente, las dos hermanas oyeron abajo el ruido de un coche que se acercaba. Los criados empezaron a gritarse órdenes y a insultarse los unos a los otros.

—Ahora tengo que irme —anunció Drusille, temblando—. Duérmete.

—¿Quién es? —Juniper dio un salto en su percha.

—Eso no es asunto tuyo —replicó Drusille.

—Mi asunto son las ratas, los murciélagos y las arañas.

—Te he dado para que hagas punto. Haz punto.

Juniper levantó sus brazos extraños como si quisiera alzar el vuelo. “Mis manos no valen para hacer punto.”

—Entonces haz punto con los pies.

Y Drusille se marchó tan deprisa que se olvidó de cerrar la puerta con llave.

El ex rey Jumart descendió de su viejo Rolls-Royce. Su barba larga y gris se desparramaba sobre su chaqueta de satén verde con bordados de mariposas y el monograma real. Sobre su cabeza soberbia llevaba un enorme pelucón de oro con toques de color rosado, como una cascada de miel. De la peluca brotaba gran variedad de flores que se movían con el viento. Tendió las manos a Drusille.

—Drusille, mi Belzamine.

Drusille tembló de emoción.

—¡Jumart! ¡Jumart! —cayó en sus brazos sollozando y riendo.

— ¡Qué hermosa estás, Drusille! Cuánto he soñado con tu perfume y tus besos —echaron a andar por el jardín con los brazos entrelazados.

—Estoy arruinado —dijo Jumart con un suspiro—. Mis arcas están vacías.

Drusille esbozó una sonrisa de triunfo. “¡Entonces te quedarás conmigo! Yo no he tenido otra cosa que soledad durante demasiado tiempo.”

Un grito ronco rasgó la atmósfera pesada y oscura del jardín: Drusille palideció, y dijo: “Ah, no; es imposible.”

—¿Qué ha sido eso, mi Belzamine?

Drusille echó la cabeza hacia atrás con una risa de hiena. “Es el cielo —dijo—. ¡Esas nubes amarillas son tan pesadas que temo que caigan sobre nuestras cabezas! Además, este tiempo tormentoso me está produciendo jaqueca.”

—Dame un beso — murmuró el rey con ternura—. Yo devoraré tu jaqueca.

Observó que el rostro de Drusille era igual que el de un espectro. Asustado, le cogió la mano para comprobar que estaba viva.

— Tienes la cara verdosa —dijo en voz baja—. Hay densas sombras en tus ojos.

—Son las sombras de las hojas —contestó Drusille, con la frente cubierta de sudor—. Estoy agotada por las emociones; hacía tres meses que no te veía —luego le cogió violentamente del brazo—. Jumart, ¿tú me amas? Júrame que estás enamorado de mí... júramelo ahora mismo.

—Lo sabes demasiado bien —dijo Jumart, sorprendido—. ¿Qué te ocurre, Drusille?

—¿Me amas más que a ninguna otra mujer? ¿Más que a ningún otro ser humano?

—Sí, Drusille. ¿Y tú, me amas igual?

—Ah —dijo Drusille con voz temblorosa—; tanto, que nunca llegarás a saberlo. Mi amor es más profundo que el más espacio profundo.

La tensión del rey se desvió hacia algo que se movía entre el follaje, en el fondo del jardín. Su expresión se volvió extática, le relampaguearon los ojos.

—¿Qué ves? —exclamó Drusille de repente—. ¿Por qué miras hacia allá con esa expresión extraña?

Súbitamente, Jumart volvió en sí y dijo unas palabras con voz de ensueño. Parecía estar despertando. “Es tan hermoso el jardín, Drusille, que me siento como si estuviese soñando.”

Drusille estaba sin respiración. Esbozó una sonrisa dolorosa. “O sufriendo una pesadilla: a veces confundimos ambas cosas. Entremos, Jumart; se ha puesto el sol, y no tardará en estar la cena en la mesa. Cenaremos en la terraza para que puedas ver salir la luna. Esta noche será más pálida y más hermosa que nunca. Cuando contemplo un rayo de luna, creo que estoy viendo tu barba.”

Jumart suspiró. “El crepúsculo está encantado, embrujado. Quedémonos un poco. El jardín está impregnado de magia. No se sabe qué hermoso fantasma puede surgir de entre esas sombras purpúreas.”

Drusille se llevó las manos a la garganta, y su voz sonó con un timbre metálico. “Entremos, te lo suplico. Va a caer la noche; estoy temblando de frío.”

—Tu cara es una hoja de un verde tan pálido que ha tenido que crecer bajo la luz de luna reciente. Tus ojos son piedras encontradas en las cavernas del centro de la tierra. Y tienes la mirada feroz.

La voz de Drusille se volvió agria: “Eres un lunático. Has perdido el juicio. Estás viendo cosas que no existen. Dame la mano y te llevaré adentro.”

—Vamos, vamos; ¿qué nos pasa a los dos? —replicó Jumart, retorciéndose la barba—. No me sermonees. Aunque he perdido mis tierras y mis castillos, soy el más feliz de los hombres.

Encantado con sus hondas reflexiones, el rey se frotó las manos y dio unos pasos de baile. Drusille miró hacia los árboles y pensó que sus frutos parecían pequeños cadáveres. Miró hacia el cielo y vio cuerpos ahogados entre las nubes. Tenía los ojos llenos de terror. “Mi cabeza es un féretro para mis pensamientos; mi cuerpo, un ataúd.” Caminó tras el rey con paso lento y las manos entrelazadas delante.

Sonó una campanilla llamando a cenar.

Engadine salió de la cocina. Llevaba un lechón relleno de ruiseñores. Se detuvo con un grito. Delante de ella, una aparición blanca y exultante le cortaba el paso.

—¡Engadine!

—Que el diablo, señorita Juniper...

—Engadine, qué colorada estás.

La doncella retrocedió. La aparición se acercó dando saltos.

—Acabo de salir de la cocina —dijo Engadine—. Y en la cocina hace mucho calor.

—Yo, en cambio, estoy completamente blanca. ¿Sabes por qué estoy blanca como un espectro?

Engadine dijo que no con la cabeza, sin hablar.

—Porque jamás salgo a la luz. Y ahora necesito un poco, mi querida Engadine.

—¿Y qué? ¿Y qué? —susurró la doncella; temblaba tanto que se le cayó al suelo el lechón, y la fuente se hizo añicos.

—Qué colorada estás... qué colorada —a estas palabras, Engadine profirió un largo y terrible alarido de sirena. En ese instante, saltó Juniper sobre ella. Cayeron las dos al suelo, Juniper encima, con la boca apretada contra el cuello de Engadine.

Chupó y chupó durante largos minutos, y su cuerpo se hizo enorme, luminoso, magnífico. Sus plumas brillaron como la nieve al sol, y su cola centelleó con todos los colores del arco iris. Echó la cabeza hacia atrás y cantó como un gallo. A continuación ocultó el cadáver en el cajón de una cómoda.

—Ahora, por la luna —cantó, saltando y volando hacia la terraza—. ¡Ahora por la luna!

Drusille, desnuda hasta los pechos, tenía los brazos alrededor del cuello de Jumart. El calor del vino encendía sus mejillas como una llama; brillaba de sudor. Sus cabellos se movían como víboras negras, el jugo de una granada goteaba de su boca entreabierta.

Carne, vino, tartas, todos los manjares se amontonaban alrededor de ellos, a medio comer, en pródiga abundancia. Enormes tarros de mermelada, derramados por el suelo, habían formado un lago pegajoso a sus pies. Jumart tenía la cabeza adornada con la osamenta de un pavo real. Su barba estaba llena de salsas, de cabezas de pescado, de frutas despachurradas. Tenía la ropa desgarrada y manchada de toda clase de comida.

Conejos blancos

Ha llegado el momento de contar los sucesos que comenzaron en el número 40 de Pest Street. Parecía como si las casas, de color negro rojizo, hubiesen surgido misteriosamente del incendio de Londres. El edificio que había frente a mi ventana, con unas cuantas volutas de enredadera, tenía el aspecto negro y vacío de una morada azotada por la peste y lamida por las llamas y el humo. No era así como yo me había imaginado Nueva York.

Hacía tanto calor que me dieron palpitaciones cuando me atreví a dar una vuelta por las calles; así que me estuve sentada contemplando la casa de enfrente, mojándome de cuando en cuando la cara empapada de sudor.

La luz nunca era muy fuerte en Pest Street. Había siempre una reminiscencia de humo que volvía turbia y neblinosa la visibilidad; sin embargo, era posible examinar la casa de enfrente con detalle, incluso con precisión. Además, yo siempre he tenido una vista excelente.

Me pasé varios días intentando descubrir enfrente alguna clase de movimiento; pero no percibí ninguno, y finalmente adopté la costumbre de desvestirme con total despreocupación delante de mi ventana abierta y hacer optimistas ejercicios respiratorios en el aire denso de Pest Street. Esto debió de dejarme los pulmones tan negros como las casas.

Una tarde me lavé el pelo y me senté fuera, en el diminuto arco de piedra que hacía de balcón, para que se me secara. Apoyé la cabeza entre las rodillas, y me puse a observar una moscarda que chupaba el cadáver de una araña, a mis pies. Alcé los ojos, miré a través de mis cabellos largos, y vi algo negro en el cielo, inquietantemente silencioso para que fuera un aeroplano. Me separé el pelo a tiempo de ver bajar un gran cuervo al balcón de la casa de enfrente. Se posó en la balaustrada y miró por la ventana vacía. Luego metió la cabeza debajo de un ala, buscándose piojos al parecer. Unos minutos después, no me sorprendió demasiado ver abrirse las dobles puertas y asomarse al balcón una mujer. Llevaba un gran plato de huesos que vació en el suelo. Con un breve graznido de agradecimiento, el cuervo saltó abajo y se puso a hurgar en su comida repugnante.

La mujer, que tenía un pelo negro larguísimo, lo utilizó para limpiar el plato. Luego me miró directamente y sonrió de manera amistosa. Yo le sonreí a mi vez y agité una toalla.

Esto la animó, porque echó la cabeza para atrás con coquetería y me dedicó un elegante saludo a la manera de una reina.

—¿Tiene un poco de carne pasada que no necesite? —me gritó.

— ¿Un poco de qué? —grité yo, preguntándome si me habría engañado el oído.

—De carne en mal estado. Carne en descomposición.

—En este momento, no —contesté, preguntándome si no estaría bromeando.

—¿Y tendrá para el fin de semana? Si fuera así, le agradecería inmensamente que me la trajera.

A continuación volvió a meterse en el balcón vacío, y desapareció. El cuervo alzó el vuelo.

Mi curiosidad por la casa y su ocupante me impulsó a comprar un gran trozo de carne a la mañana siguiente. Lo puse en mi balcón sobre un periódico y esperé. En un tiempo relativamente corto, el olor se volvió tan fuerte que me vi obligada a realizar mis tareas diarias con una pinza fuertemente apretada en la punta de la nariz. De cuando en cuando bajaba a la calle a respirar.

Hacia la noche del jueves, noté que la carne estaba cambiando de color; así que, apartando una nube de rencorosas moscardas, la eché en mi bolsa de malla y me dirigí a la casa de enfrente.

Cuando bajaba la escalera, observé que la casera parecía evitarme.

Tardé un rato en encontrar el portal de la casa. Resultó que estaba oculto bajo una cascada de algo, y daba la impresión de que nadie había salido ni entrado por él desde hacía años. La campanilla era de esas antiguas de las que hay que tirar; y al hacerlo, algo más fuerte de lo que era mi intención, me quedé con el tirador en la mano. Di unos golpes irritados en la puerta y se hundió, dejando salir un olor espantoso a carne podrida. El recibimiento, que estaba casi a oscuras, parecía de madera tallada.

La mujer misma bajó, susurrante, con una antorcha en la mano.

—¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted? —murmuró ceremoniosamente; y me sorprendió observar que llevaba un precioso y antiguo vestido de seda verde. Pero al acercarse, vi que tenía la tez completamente blanca y que brillaba como si la tuviese salpicada de mil estrellitas diminutas.

—Es usted muy amable —prosiguió, cogiéndome del brazo con su mano reluciente—. No sabe lo que se van a alegrar mis pobres conejitos.

Subimos; mi compañera andaba con gran cuidado, como si tuviese miedo.

El último tramo de escalones daba a un “boudoir” decorado con oscuros muebles barrocos tapizados de rojo. El suelo estaba sembrado de huesos roídos y cráneos de animales.

—Tenemos visita muy pocas veces —sonrió la mujer—. Así que han corrido todos a esconderse en sus pequeños rincones.

Dio un silbido bajo, suave y, paralizada, vi salir cautamente un centenar de conejos blancos de todos los agujeros, con sus grandes ojos rosas fijamente clavados en ella.

— ¡Venid, bonitos! ¡Venid, bonitos! —canturreó, metiendo la mano en mi bolsa de malla y sacando un trozo de carne podrida.

Con profunda repugnancia, me aparté a un rincón; y la vi arrojar la carroña a los conejos, que se pelearon como lobos por la carne.

—Una acaba encariñándose con ellos —prosiguió la mujer—. ¡Cada uno tiene sus pequeños costumbres! Le sorprendería lo individualistas que son los conejos.

Los susodichos conejos despedazaban la carne con sus afilados dientes de macho cabrío.

— Por supuesto, nosotros nos comemos alguno de cuando en cuando. Mi marido hace con ellos un estofado sabrosísimo, los sábados por la noche.

Seguidamente, un movimiento en uno de los rincones atrajo mi atención; entonces me di cuenta de que había una tercera persona en la habitación. Al llegarle a la cara la luz de la antorcha a la mujer, vi que tenía la tez igual de brillante que ella; como oropel en un árbol de Navidad. Era un hombre y estaba vestido con una bata roja, sentado muy tieso, y de perfil a nosotros. No parecía haberse enterado de nuestra presencia, ni del gran conejo macho cabrío que tenía acomodado sobre su rodilla, donde masticaba un trozo de carne.

La mujer siguió mi mirada y rió entre dientes. “Ése es mi marido. Los chicos solían llamarlo Lázaro...”

Al sonido de este nombre, familiar, el hombre volvió la cara hacia nosotras; y vi que tenía una venda en los ojos.

—¿Ethel? —preguntó con voz bastante débil—. No quiero que entren visitas aquí. Sabes de sobra que lo tengo rigurosamente prohibido.

—Vamos, Laz; no empecemos —su voz era quejumbrosa—. No me puedes escatimar un poquitín de compañía. Hace veinte años y pico que no veía una cara nueva. Además ha traído carne para los conejos.

La mujer se volvió y me hizo seña de que fuera a su lado. “Quiere quedarse entre nosotros; ¿a que sí?” —de repente me entró miedo y sentí ganas de salir, de huir de estas personas terribles y plateadas y de sus conejos blancos carnívoros.

—Creo que me voy a marchar; es hora de cenar.

El hombre de la silla profirió una carcajada estridente, aterrando al conejo que tenía sobre la rodilla, el cual saltó al suelo y desapareció.

La mujer acercó tanto su cara a la mía que creí que su aliento nauseabundo iba a anestesiarme. “¿No quiere quedarse, y ser como nosotros? En siete años, su piel se volverá como las estrellas; siete años tan sólo, y tendrá la enfermedad sagrada de la Biblia: ¡la lepra!”

Eché a correr a trompicones, ahogada de horror; una curiosidad malsana me hizo mirar por encima del hombro al llegar a la puerta de la casa, y vi que la mujer, en la balaustrada, alzaba una mano a modo de saludo. Y al agitarla, se le desprendieron los dedos y cayeron al suelo como estrellas fugaces.

El hombre neutro

Aunque siempre me he prometido a mí misma guardar secreto sobre este episodio, he acabado, inevitablemente, por escribirlo. Sin embargo, puesto que puede afectar a la reputación de ciertos extranjeros muy conocidos, me veo en la obligación de utilizar nombres falsos, aunque no suponen un verdadero disfraz: ningún lector familiarizado con los hábitos de los ingleses en los países tropicales tendrá dificultad en reconocer a cualquiera de los implicados.

Recibí una invitación en la que se me pedía que asistiera a un baile de máscaras. Sorprendida, me embadurné la cara con un espeso unguento fosforescente de color verde eléctrico. Sobre esta base espolvoreé minúsculas imitaciones de diamantes, de manera que la cara me quedó tachonada de estrellitas como el cielo de noche, nada más.

Luego, un poco nerviosa, me metí en un vehículo público que me llevó a las afueras de la ciudad, a la Plaza del General Epigastro. Un espléndido busto ecuestre de este ilustre soldado dominaba la plaza. El artista que había sido capaz de resolver el singular problema que plateaba dicho monumento se había decidido por una sencillez valerosamente arcaica, limitándose a ejecutar un retrato asombroso en forma de cabeza del caballo del general: el Generalísimo don Epigastro perdura suficientemente grabado en la memoria de su público fiel.

La mansión del señor MacFrolick ocupaba todo el lado oeste de la Plaza del General Epigastro. Un criado indio me condujo a un amplio salón de recepción estilo barroco. Me encontré en medio de un centenar o más de invitados. El ambiente cargado hizo que me diese cuenta, al final, de que yo era la única persona que se había tomado en serio la invitación: era la única que había acudido disfrazada.

—Sin duda ha sido su intención —me dijo el dueño de la casa, el señor MacFrolick— encarnar a cierta princesa del Tíbet, amante del rey, que estuvo dominada por los ritos sombríos de Bön, ritos afortunadamente perdidos en lo más remoto del tiempo. No me atrevería yo, en presencia de damas, a relatar las espantosas hazañas de la Princesa Verde. Baste decir, que murió en circunstancias misteriosas; circunstancias en torno a las cuales aún corren varias leyendas en Extremo Oriente. Algunas pretenden que las abejas se

llevaron su cadáver, y que aún se conserva en la miel transparente de las Flores de Venus. Otras dicen que el pintado ataúd no contenía a la princesa, sino el cuerpo de una grulla con cara de mujer; otras, que la princesa vuelve en forma de una cerda.

El señor MacFrolick calló de repente y me miró con expresión severa. “No añadiré nada más, señora —dijo—, porque somos católicos.”

Confusa, renuncié a toda explicación y bajé la cabeza: tenía los pies mojados por la lluvia de frío sudor que me caía de la frente. El señor MacFrolick me miró con expresión exánime. Tenía unos ojillos azulados y una nariz gruesa, ancha, achatada. Era difícil no notar que este hombre distinguido, devoto y de moral irreprochable, era el retrato humano de un gran cerdo blanco. Sobre su barbilla carnosa, algo huidiza, colgaba un enorme bigote. Sí, el señor MacFrolick parecía un cerdo; pero un cerdo hermoso, un cerdo devoto y distinguido. No habían hecho más que cruzar tan peligrosos pensamientos por mi cara verde, cuando un joven de aspecto celta me tomó de la mano y me dijo: “Vamos, querida señora, no se atormente. Todos guardamos un inevitable parecido con otras especies de animales. Estoy seguro de que es usted consciente de su aspecto equino; así que... no se atormente; todo en nuestro planeta anda bastante mezclado. ¿Conoce al señor D.?”

—No —dije, muy confundida—. No lo conozco.

—D. está aquí esta noche —prosiguió el joven—. Es mago, y yo soy alumno suyo. Mire, allí está; junto a aquella rubia vestida de raso púrpura. ¿Lo ve?

Vi a un hombre de aspecto tan neutro que me impresionó tanto como me habría impresionado un salmón con cabeza de esfinge en mitad de una estación de ferrocarril. La extraordinaria neutralidad de este individuo me produjo una impresión tan desagradable que me dirigí vacilante a una silla.

—¿Le gustaría conocerlo? —preguntó el joven—. Es un hombre muy notable.

Iba a contestarle, cuando una mujer vestida de tafetán azul pálido, con una expresión dura en su rostro, me cogió por el hombro y me empujó directamente a la sala de juego.

—Necesitamos una cuarta persona para jugar al bridge —me dijo—. Usted juega al bridge, por supuesto —no sé cómo, pero me quedé callada de pánico. Habría querido marcharme, pero era demasiado tímida; tanto que empecé a explicar que sólo podía jugar con cartas de fieltro a causa de una alergia que tenía en el dedo meñique de la mano izquierda. Fuera, la orquesta tocaba un vals; yo detestaba tanto esa música que no me atreví

a decir que tenía hambre. Un alto dignatario de la Iglesia, sentado a mi derecha, se sacó una chuleta de cerdo de su rica faja carmesí.

—Toma, hija mía —me dijo—. La caridad derrama mercedes sobre gatos, pobres y mujeres de rostro verde por igual.

La chuleta, que evidentemente llevaba mucho tiempo junto al vientre del eclesiástico, no me atraía en absoluto; pero la cogí, con intención de enterrarla en el jardín.

Al salir con ella, me hallé en plena oscuridad, apenas suavizada por el planeta Venus. Andaba cerca de la taza estancada de una fuente llena de abejas estupefactas, cuando me topé cara a cara con el mago, el hombre neutro.

—Así que ha salido a dar un paseo —dijo en tono despectivo—. Siempre les pasa lo mismo a los ingleses expatriados: se aburren mortalmente.

Llena de vergüenza, confesé que yo también era inglesa, y el hombre soltó una risita sarcástica.

—No es culpa suya ser inglesa —dijo—; los habitantes de las Islas Británicas llevan tan arraigada en la sangre su estupidez congénita que ni siquiera tiene conciencia de poseerla. Las enfermedades espirituales de los ingleses se han hecho carne, o más bien adobo de cerdo.

Vagamente irritada, contesté que en Inglaterra llovía bastante, pero que el país había dado los más grandes poetas del mundo. Luego, para cambiar de tema, añadí: “Acabo de conocer a uno de sus discípulos. Me ha dicho que es usted mago.”

—En realidad —dijo el hombre neutro—, soy instructor de cuestiones espirituales; un iniciado, si quiere. Pero ese pobre muchacho no llegará jamás a ninguna parte. Debe usted saber, mi querida señora, que el camino esotérico es difícil y está erizado de catástrofes. Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos. Yo le aconsejaría que se circunscribiese a su encantadora estupidez femenina y olvidase toda idea de que existe un orden superior.

Mientras me hablaba, yo intentaba esconder la chuleta de cerdo, que rezumaba horribles gotas de grasa entre mis dedos. Por fin logré metérmela en el bolsillo. Aliviada, me di cuenta de que este hombre no me tomaría en serio si se enteraba de que andaba por ahí con una chuleta de cerdo en el bolsillo. Y aunque temía al hombre neutro como a una plaga, sin embargo quería causarle buena impresión.

—Me gustaría aprender algo de su magia; quizá, estudiar con usted. Hasta ahora...

—No hay nada —me dijo—. Trate de entender lo que le digo. No hay nada, absolutamente nada.

En ese momento, sentí que me disolvía en una masa opaca e incolora. Cuando recobré el aliento, el hombre había desaparecido. Quise volver a casa, pero me había perdido en el jardín, que estaba inundado de fragancia de cierta planta llamada “galán de noche”.

Llevaba un rato recorriendo los senderos, cuando llegué a una torre. A través de su puerta entornada entreví una escalera de caracol. Alguien me llamó desde el interior, y subí, pensando que al fin y al cabo no tenía gran cosa que perder. Era demasiado estúpida para echar a correr como la liebre de dientes triangulares.

Pensé con amargura: en este momento soy más pobre que un mendigo; aunque las abejas han hecho cuanto han podido por advertirme. Y aquí estoy: he perdido la miel de todo un año, y a Venus en el cielo.

Al llegar arriba me encontré en el “boudoir” privado del señor MacFrolick. Me recibió amablemente; y fui incapaz de explicarme a mí misma mi cambio de actitud. Con un gesto lleno de cortesía anticuada, el señor MacFrolick me ofreció un plato de porcelana (bastante fino) en el que descansaba su propio bigote. Vacilé en aceptar el bigote, pensando que quizá quería que me lo comiese. Es un excéntrico, pensé. Rápidamente, me excusé: “Muchísimas gracias, señor —dije—; pero no tengo hambre, después de tomarme la deliciosa chuleta que el obispo ha tenido la amabilidad de ofrecerme.”

MacFrolick pareció ligeramente ofendido.

—Señora —dijo, este bigote no es comestible en absoluto. Pretender ser un souvenir de esta noche de verano, y yo pensaba que quizá podía guardarlo en una vitrina apropiada para este tipo de recuerdos. Debo añadir que este bigote carece de poder mágico, pero su considerable tamaño lo distingue de los objetivos vulgares.

Comprendiendo que había metido la pata, cogí el bigote y me lo guardé cuidadosamente en el bolsillo, donde se me pegó a la asquerosa chuleta de cerdo. MacFrolick me empujó entonces al sofá, y apoyándose pesadamente en mi estómago, dijo en tono confidencial: “Mujer verde, sepa usted que hay diferentes clases de magia: magia negra, magia blanca y, la peor de todas, magia gris. Es absolutamente esencial que sepa que

esta noche hay entre nosotros un peligroso mago gris. Se llama D. Este hombre, vampiro con palabras de terciopelo, es responsable de la muerte de muchas almas, humanas y no humanas. Después de varios intentos, D. ha logrado infiltrarse en esta mansión para robarnos nuestra esencia vital.”

Me costó reprimir una ligera sonrisa, dado que yo había vivido mucho tiempo con un vampiro de Transilvania, y mi suegra me había enseñado todos los secretos culinarios necesarios para satisfacer a la más voraz de estas criaturas.

MacFrolick se apoyó aún más en mí, y siseó: “Me es absolutamente necesario librarme de D. Por desgracia, la Iglesia prohíbe el asesinato particular. Así que me veo en la obligación de pedirle que venga a ayudarme. Usted es protestante, ¿verdad?”

—De ninguna manera —contesté—. Yo no soy cristiana, señor MacFrolick. Además, no me apetece matar a D., aunque tuviera ocasión de hacerlo antes de que él me pulverizara diez veces.

El semblante de MacFrolick se encendió de furia.

—Salga de esta casa inmediatamente —gritó—. Yo no recibo a descreídas, señora. ¡Váyase!

Salí lo más deprisa que pude por aquella escalera, mientras MacFrolick se recostaba en la puerta, insultándome en un lenguaje bastante variado para un hombre tan piadoso.

Esta historia que cuento aquí como un incidente vulgar del verano no tiene propiamente final. Y no tiene final porque el episodio es verídico; porque toda la gente vive aún, y todos siguen su destino. Es decir, todos menos el eclesiástico, que se ahogó trágicamente en la piscina de la mansión. Se dice que fue atraído allí por unas sirenas disfrazadas de niños de coro.

El señor MacFrolick no me volvió a invitar nunca más a su mansión; aunque me han dicho que goza de buena salud.

Et in bellicus lunarum medicalis

“Rusia dona equipo de ratas amaestradas, con experiencia en cirugía en humanos. Debido a la reciente huelga de médicos, el gobierno ruso ha donado generosamente un equipo de ratas altamente especializadas en todo tipo de cirugía y práctica general.” La noticia apareció en el Gran Periódico Metropolitano.

Naturalmente.

Y por consiguiente hubo una reunión de ministros de estado, médicos, banqueros, curas y otros políticos.

Pronto fue evidente que no estaban contentos con la idea. El famoso doctor Monopus anunció: “Esta medida no puede inspirar a nuestros pacientes la confianza necesaria. Una operación es cosa demasiado delicada para que la hagan ratas. Además, no sería higiénico.” Un ministro de gobierno que vestía un traje inglés afirmó: “Las ratas soviéticas son esterilizadas cada vez que van a operar a un paciente. Y por lo demás, si no usamos estas ratas el gobierno ruso se ofenderá.”

Un silencio desagradable cayó sobre la reunión.

El señor Alcaparras, poderoso banquero conocido por su actitud democrática, tuvo el valor de romper el silencio: “Caballeros —dijo con su habitual sonrisa suave—, no hay ningún problema. Simplemente donemos las ratas al presidente de Estados Unidos y todos quedarán contentos. Los americanos, igual que los rusos, son muy modernos.”

“No creo que sea correcto regalar los regalos —dijo un cura, el padre Podmore, confesor de señoras de la mejor sociedad—. Yo mismo soy moderno y totalmente ateo, como todos los eclesiásticos ilustrados, pero... la falta de buenos modales perturba incluso a un hombre tan abierto como yo.”

“Tiene razón —dijo el ministro de gobierno—. Nadie quiere meterse en una guerra contra los rusos y los americanos al mismo tiempo. Están armados hasta los dientes, como dicen.”

“Estoy en contra de sustituir seres humanos por ratas en los hospitales —dijo firmemente el doctor Monopus—. Mejor donemos oficialmente las ratas a la Asociación Psicoanalítica.”

El imponente Instituto de Ciencias Semiaplicadas y Otras Actividades Metafóricas cubre varios kilómetros cuadrados en nuestra ciudad y está rodeado por un hermoso parque con fuentes que ocasionalmente echan agua. Allí tendría lugar la presentación de las ratas soviéticas. Había música, banderas y platillos franceses envueltos en gelatina: las enchiladas *à la Bordelaise* tuvieron particular éxito.

Los propios médicos presentaron las ratas sabias, entre música y discursos, a los psicoanalistas.

El Director de la Asociación Psicoanalítica, doctor Siegfried Laftnalger, recibió la donación de ratas a la sombra del Monumento a la Ciencia Semiaplicada y Metafórica. Ese monumento, reconocido como único por el mundo entero, muestra a tres héroes y un caballo penetrando triunfalmente en un cultivo de estreptococos.

De pie bajo el monumento, el doctor Laftnalger recibió la donación con la cabeza baja, murmurando “Ay chingao” y jurando vengarse de su enemigo, el doctor Monopus.

Después del banquete los psicoanalistas se reunieron en un lugar secreto en las Lomas para contemplar la Donación Soviética. “No quiero hablar en contra de un colega —dijo el doctor Laftnalger—, pero Monopus es una bestia. ¿Cómo vamos a usar estas ratas en análisis?”

“Es un insulto —dijo el doctor Von Garza—, una declaración abierta de hostilidad y agresión, un rechazo palpable.”

“La transferencia del paciente a la rata presentará dificultades sin precedentes —dijo el doctor Zodíaco Pérez, un hombre feo muy preocupado por la transferencia—. No se puede imaginar ningún uso práctico para estos animales en el tratamiento de neurosis recalcitrantes. No debemos olvidar que los pacientes también son seres humanos.”

“*Here, here!*” gritaron varios doctores que hablaban buen inglés.

“¿Y vamos a cobrar lo mismo por sesiones con ratas, o la mitad nada más?”, dijo el doctor Benito Wurst, que tenía un problema de inseguridad además de un *tic nerveux* y seis hijos que comían muchísimo.

Nadie sabía. Finalmente el doctor Laftnalger dijo: “¡Cuach!” y agregó, con una leve sonrisa: “Más vale que donemos las ratas a los ginecólogos.” Algunas risas festejaron la triste broma.

La difícil situación se mantuvo. Después de varias sesiones en la lujosa mansión de bronce de las Lomas —puros bronces, mármoles, marfiles, y decorada con bisontes— los psicoanalistas decidieron secuestrar al doctor Monopus y obligarlo a recibir de vuelta las ratas para que trabajaran en los quirófanos de los hospitales. Mientras tanto las ratas ingerían vitaminas y se ejercitaban ordenadamente en un corral electrónico.

Por último el doctor Zodíaco Pérez, disfrazado de chava de Daxara, fue elegido para raptar al doctor Monopus, quien fue trasladado a un escondite secreto en el elegante sótano de la Mansión Psicoanalítica... Allí se quedaría hasta que aceptara recibir de vuelta las ratas de una vez por todas.

En su prisión, el doctor Monopus mostró una sorprendente resistencia al ingenio psicológico utilizado contra él. Rechazó toda responsabilidad por las ratas. “Si bien son expertas en contabilidad, creo que no son dignas de confianza y carecen de sentido de la responsabilidad”, admitió después de una sesión de triple electroshock y un tratamiento de persuasión subliminal que duró varios noches. “No quiero ratas en el quirófano. Punto final.”

La dieta del prisionero consistía en atole de sabor fresa, sin leche, y él empezó a perder peso. La cuarta semana de cautiverio llegaba a su fin cuando el doctor Laftnalger suspiró y dijo: “No hay nada que hacer, tendremos que sacrificar a Monopus y a las ratas al mismo tiempo. Colocaremos los cadáveres en una antesala de la Secretaría de Gobernación para llamar la atención del público. Haremos que crean que Monopus mató a las ratas y después se suicidó porque era un contraespía. Todo tiene solución.”

“*Here, here!*”, gritaron los que hablaban inglés. Los demás simulaban toses discretas.

Pensaron mezclar veneno con el atole de sabor fresa, que de todos modos sabía muy mal. “No lo hagamos sufrir mucho. Empleemos algo rápido. ¡Cuach!

“*Here, here!*”

Mientras tanto llegó a la frontera un cargamento de armas para capturar las ratas y mandarlas por helicóptero al Pentágono, para fines militares. “Quién sabe —dijo un general americano—, podrían mandarse por submarino.” A continuación habría estallado una guerra civil, si no hubiera sido por un incidente fortuito. En el baño del sótano de la Mansión Psicoanalítica el retrete se tapó.

¿Cómo?

El prisionero doctor Monopus, enfurecido por la privación de su libertad, empezó a arrojar a la taza objetos de todo tipo pertenecientes a los analistas: relojes, corbatas, zapatos y las obras completas de Erich Fromm. Pronto quedó obstruido: *El arte de amar* bloqueó la salida de la cañería principal.

Llamaron al plomero. El señor Jasón Malvavisco, plomero licenciado, llegó con sus ayudantes. “Necesitaría usar dinamita”, le dijo al doctor Monopus, que ahora deseaba hacer uso de las instalaciones.

“Esa solución no serviría —dijo el doctor—. Después de todo, estoy encerrado aquí.”

El señor Jasón Malvavisco era un hombre amable, lleno de buen humor, y le ofreció un cigarro al doctor. “¿Es usted profesionalista?”, le preguntó.

“Soy médico.”

“Bueno, en cierto sentido yo también soy médico —dijo Jasón—. Mis amigos me dicen doctor, porque soy responsable del sistema intestinal de las tuberías subterráneas de la ciudad.”

“Muy interesante —dijo Monopus—, pero no me parece que dinamitar al paciente esté dentro de los límites de la ética profesional.”

El plomero se inclinó ante esa lógica. Era un hombre de sólidos principios. “En ese caso, esto va a oler muy mal. No hay manera...”

En ese momento aparecieron en escena las propias ratas soviéticas, ensayando un nuevo paso de baile, el Paso Doble Páncreas, una nueva terapia basada en manipular el sistema digestivo comiendo ladrillo en lugar de carne (cosa que ahorra dinero además).

Jasón estaba bien enterado de los hábitos psicológicos de las ratas, y sabía comunicarse con ellas en idioma sintomático.

“Están listas —le dijo por último a Monopus—. Dicen que para arreglar el W.C. no necesitan más que unas pinzas y una simple escalera.”

Las ratas soviéticas desaparecieron rápidamente por las tuberías subterráneas. Nunca regresaron. Nunca volvieron a aparecer a la luz del sol ni a la luz de la luna.

El W.C., sin embargo, siguió tapado.

En cuanto a los psicoanalistas, resolvieron usar uniformes de terciopelo negro con botones incrustados. Laftnalger anunció: “También nosotros tenemos nuestra dignidad y nuestra organización. A pesar de todo, la psicología vive en la carne. Y sin carne no

tendríamos pacientes. Por lo tanto, hasta un hueso que habla vale más que una rata que piensa.”

Amén...

Aunque ustedes no me crean
este cuento es muy sabroso
y la víbora que lo cantó
lo cantó de adentro del pozo.

Mis pantalones de franela

Miles de personas conocen mis pantalones de franela; y aunque sé que esto puede parecer coquetería, no lo es. Soy una santa.

La “santidad”, puedo decir, me ha venido impuesta. Si alguien quiere evitar convertirse en santo, que lea de cabo a rabo esta historia sin dilación.

Vivo en una isla. En una isla que me concedió el gobierno cuando salí de la cárcel. No es una isla desierta; se trata de una isla de tráfico, en medio de un bulevar transitado por donde pasan vehículos estruendosos por todos lados día y noche.

Así que...

Son muy conocidos, mis pantalones de franela. A mediodía están colgados de un alambre entre dos semáforos de luces roja, verde y ámbar. Me los lavo a diario, y los tengo que secar al sol.

Aparte de los pantalones de franela, llevo una chaqueta de tweed de caballero, de las que se usan para el golf. Me la han regalado; y zapatillas de tenis. No llevo calcetines. A mucha gente le echa para atrás mi aspecto vulgar; pero si se han informado sobre mí (especialmente en la guía turística), hacen una peregrinación, lo que es bastante fácil.

Ahora debo consignar los extraños sucesos que me han traído a esta situación. En otro tiempo fui una gran belleza, y asistía a toda clase de cocteles, concesiones de premios, manifestaciones artísticas y demás celebraciones intrascendente, organizadas con objeto de que unos hagan perder el tiempo a otros. Estaba siempre muy solicitada, y mi hermoso rostro iba siempre rematando vestidos elegantes, sonriendo continuamente. Un corazón ardiente, sin embargo, latía bajo esos vestidos elegantes; un corazón abrasado que era como un grifo abierto derramando cantidades de agua caliente sobre el que la pedía. No tardó esta actitud despilfarradora en pasarle la factura a mi rostro hermoso y sonriente. Se me cayeron los dientes. La estructura original de mi cara se volvió borrosa, y luego empezó a despegarse de mis huesos en forma de pequeña y cada vez más numerosas arrugas. Sentada, vigilaba el proceso con una mezcla de vanidad ofendida y aguda depresión. Me hallaba, pensaba yo, sólidamente instalada en mi plexo lunar, entre nubes de sensible vapor.

Si por casualidad sonreía a mi rostro en el espejo, podía observar objetivamente que sólo me quedaban tres dientes, y que se me estaban empezando a cariar.

Por consiguiente

Fui al dentista. No sólo me curó los tres dientes sino que me ofreció otros postizos, montados en un precioso chasis plástico de color rosa. Cuando hube pagado una cantidad suficientemente grande de mi menguante peculio, la dentadura fue mía, me la llevé a casa y me la puse en la boca.

El Rostro pareció recobrar algo de su absolutamente irresistible-atractivo; aunque como es natural, las arrugas seguían allí. Salté del plexo lunar como una trucha hambrienta, y quedé rápidamente atrapada en ese anzuelo curvo y afilado que cuelga en el interior de todas las caras en otro tiempo hermosas.

Una bruma tenue y magnética se formó entre yo, el rostro, y la percepción clara. Esto es lo que vi en la bruma. “Bien, bien. Estaba realmente empezando a petrificarme en ese viejo plexo lunar. Ésa debo de ser yo, esa criatura hermosa, sonriente y con todos los dientes. Allí estaba yo, sentada en la sangre oscura como un feto momificado y sin amor alguno. Pero aquí estoy, nuevamente en el mundo rico, donde puedo latir otra vez, saltar arriba y abajo en la cálida piscina de desbordante emoción, más alegre cuantos más bañistas hay en ella. Seré Enriquecida.”

Todos estos pensamientos desastrosos se multiplicaron y se reflejaron en la bruma magnética. Entré con mi rostro puesto, ahora con la antigua sonrisa enigmática que siempre se me agriaba en el pasado.

En cuanto quedé atrapada, se acabó.

Sonriendo horriblemente, volví a la jungla de rostros, cada uno tratando furioso de devorar a los demás.

Aquí podía explicar el proceso que tiene lugar en esta clase de jungla. Cada rostro está provisto de una boca más o menos grande, armada con distintas clases de dientes a veces naturales (cualquiera que tenga más de cuarenta años y carezca años y carezca de dientes ha de ser lo bastante sensato como para tejerse calladamente un nuevo cuerpo original, y no desperdiciar la lana cósmica). Estos dientes cierran el camino a la garganta abierta que vomita cuanto deglute y lo arroja a la atmósfera fétida.

Los cuerpos sobre los que van encaramados esos rostros les sirven de lastre. Por lo general, están cuidadosamente cubiertos de colores y formas según la “moda” actual. Dicha “moda” es una idea devoradora lanzada por otro rostro que no cesa de dar dentelladas, insaciable de dinero y notoriedad. Los cuerpos, en constante súplica y desdicha, son ignorados por lo general y utilizados tan sólo para desplazamiento del rostro. Como he dicho ya, hace de lastre.

Pero en cuanto me vi con mis dientes nuevos, me di cuenta de que algo no iba bien. Porque tras un cortísimo periodo de enigmática sonrisa, ésta se volvió rígida y fija, mientras que el rostro se desprendió de sus óseas amarras, dejándome agarrada desesperadamente a una máscara blanda y gris sobre un cuerpo apenas animado.

Y aquí viene lo extraño de este asunto. Los rostros de la jungla, en vez de retroceder horrorizados ante lo que yo ya sabía que era una visión lamentablemente, se me acercaron y empezaron a pedirme algo que yo creía que no tenía ya.

Desconcertada, consulté a un griego amigo mío.

Me dijo: “Creen que te has tejido un rostro y un cuerpo entero y que estás en constante posesión de cantidades ingentes de lana cósmica. Aunque no sea así, el mero hecho de que conozcas la aplicación de esa lana les incita a robarla.”

—Yo he malgastado prácticamente el vellón entero —le dije—. Si alguien me roba ahora, me moriré y me desintegraré por completo.

—La vida tridimensional —dijo el griego— está formada por la actitud. Puesto que, a juzgar por su actitud, esperan que tengas grandes cantidades de lana, te ves tridimensionalmente empujada a la santidad, lo que significa que debes tejer tu propio cuerpo y enseñar a los rostros a tejerse el suyo.

Las palabras compasivas del griego me llenaron de temor. Yo soy rostro también. Se me ocurrió una manera rapidísima de retirarme de esa competición social de devorar rostros: atacar a un guardia con mi sólido paraguas de acero. Me metieron rápidamente en la cárcel, donde pasé meses de saludable meditación y ejercicio obligatorio.

Mi conducta ejemplar en la cárcel movió al jefe de los carceleros a un exceso de generosidad, y así es como el Gobierno me concedió la isla, tras una pequeña y distinguida ceremonia en un rincón remoto del Cementerio protestante.

Y aquí estoy, en esta isla, junto a la que pasan zumbando artefactos mecánicos de todos los tamaños en todas las direcciones imaginables; incluso por arriba.

Aquí estoy sentada.

Historia del cadáver feliz

*Joven blanca moteada yegua
ciervos y helechos del bosque.
Mechón de pelo negro atrapado en una espina;
pasó ella veloz:
Ya no está ahora.*

El joven, vestido de púrpura y oro, con una peluca rubia y cargado con una máquina tocadiscos, cogió una rabieta y se derrumbó en la loma musgosa presa de un apasionado acceso de llanto.

—Ella no ha vuelto —gimió.

—El sentimentalismo es una forma de cansancio —dijo el Cadáver Feliz, grisáceo, balanceándose de aquí para allá en lo alto de un olmo nudoso, como un nido de avispas.

—De todos modos —chilló el joven—, tengo que buscarla; porque estoy enamorado.

El Cadáver Feliz se echó a reír. “Quieres decir que tu hilo secreto se ha enredado en una damisela galopante. Tirar de él, con lo fino que es, será un escandaloso despilfarro y una falta lamentable.”

Al joven se le cayó la peluca, dejando al aire un cráneo cubierto de cerdas negras.

—Sin embargo —prosiguió el Cadáver Feliz—, si me coges y cabalgas sobre mi espalda, puedo ayudarte a encontrar a esa mujer.

—¡Vale! —exclamó el joven; y agarró al cadáver, que cayó y se deshizo en ceniza, apareciendo al otro lado de una zarzamora.

—No tan deprisa.

Echaron a correr, dando vueltas y vueltas alrededor de la zarzamora; y a medida que el joven se acercaba más al cadáver, éste se volvía más denso, hasta que el joven saltó sobre su espalda; tras lo cual el Cadáver Feliz dio una patada en el suelo, y salieron disparados.

Los espinos trataban de agarrarlos, al cruzar veloces el bosque. Great Scot, un asqueroso terrier blanco y neutro, corría constantemente pegado a los talones del cadáver, dando dentelladas. Este bicho repugnante merodeaba por los lugares donde los Cadáveres

Felices moraba, ya que no podemos decir “vivían” en este caso. El perro olía tan mal como el cadáver; era prácticamente imposible distinguir al uno del otro. Parecían diferentes, eso era todo.

Dado que estaba lleno de agujeros y bollos, el cadáver podía hablar por cualquier parte de su cuerpo. “Ahora —dijo por el cogote— voy a contarte una historia.” El joven exhaló un gemido como un estertor de agonía. Iba demasiado preocupado para atender. No obstante, comentó la historia. La idea de escuchar una historia contada a la cara de uno a través de un agujero del cogote, por donde además salía mal aliento, sin duda debió de afectar a la delicada sensibilidad del joven. Pero lo que no se puede curar se tiene que soportar.

—La historia —comenzó el Cadáver Feliz— se refiere a mi padre —y mientras se desenredaban los zarcillos de cierta yedra venenosa, prosiguió la historia—: Mi padre era un hombre tan absoluta y puntualmente parecido al resto del mundo que no tuvo más remedio que ponerse un gran distintivo en la chaqueta para que no lo confundiesen con cualquier interfecto. Interfecto, ya me entiendes. Y se veía obligado a hacer constantes esfuerzos para hacerse presente a la atención de los demás. Lo cual era sumamente cansado; y no dormía a causa de los continuos banquetes, ventas benéficas, mítines, simposiums, debates, conferencia, concursos hípicas y reuniones donde se comía carne. En cada sitio no podía permanecer más de un minuto, porque si no aparentaba estar constantemente con prisa, temía que alguien pensase que no se le necesitaba urgentemente en otra parte. Así que nunca llegaba a conocer a nadie. Es totalmente imposible estar ocupado de verdad y permanecer efectivamente con alguien, porque estar ocupado significa que de donde estás tienes que acudir en seguida a otro lugar. El pobre se convirtió en una ruina humana a edad relativamente joven.

Un bicho como un pajarraco negro pasó volando pesadamente, diciendo: “Manos arriba. Infiel.”

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el joven alarmado. El Cadáver Feliz sonrió por el agujero de su cabeza—. Era Dick Turpin, en otro tiempo bandolero, siempre espectro. Se dirige al Fantomático.

—¿El Fantomático?

—Sí, el Fantomático es un Fantasmaurante automático. Hay montones, en cadena, a medida que nos vamos acercando al Infierno.

Al joven, que estaba aterrado, se le habían puesto los labios morados; y se encontraba demasiado asustado para contestar.

—Como iba diciendo sobre mi padre —prosiguió el Cadáver—, al final se convirtió en ejecutivo en una empresa. Lo cual suponía ejecutar efectivamente personas con montañas de documentos legales que demostraban que debían cantidades de dinero que no tenían. “Empresa” quiere decir en realidad fábrica de objetos inútiles que la gente es lo bastante estúpida como para comprar. Y cuanto más fabrica una fábrica, más insensateces se tienen que decir para que nadie se dé cuenta de lo inestable que es la estructura del negocio. A veces estas empresas venden la nada más absoluta por un montón de dinero; como los “Seguros de vida”, fingimiento que convierte en suceso útil y tranquilizador una muerte violenta y dolorosa.

—¿Qué le ocurrió a tu padre? —preguntó el joven, sobre todo para escuchar su propia voz, a fin de serenarse en el creciente horror del viaje. Ahora el bosque hervía de apariciones: animales, latas de basura rebosantes de seres en descomposición, hojas que se perseguían caóticamente unas a otras, de manera que ninguna forma permanecía constante, yerbas que eran como espaguetis animados, y cierto número de aspiradoras innominadas que provocaban sucesos siempre desdichados o catastróficos.

—Mi padre murió de un ataque al corazón durante una conversación telefónica; acto seguido, como es natural, fue a parar al Infierno. Ahora está en el Teléfono del Infierno, donde cada cual tiene esos aparatos constantemente pegados a la boca o al oído. Esto provoca gran angustia. Mi padre tiene que estar con su Teléfono novecientos noventa mil millones de eones, antes de poder librarse de él. Después, puede incluso llegar a ser santo. Antes de alcanzar la madurez de una Entidad real, todo el mundo va al Infierno primero; y si no tiene mucho cuidado, al final le toca empezar otra vez.

—¿Quieres decir que tu padre está en el Infierno de verdad? —preguntó el joven—. ¿Y por qué nunca hablas de tu madre?

Aquí el cadáver casi se detuvo. Los árboles eran escasos, de manera que se veía a lo lejos una extensión de desierto.

—Mi madre se suicidó de aburrimiento. Mi padre estaba tan ocupado que ella no tenía con quién hablar. Así que comía y comía, y luego se encerraba en el frigorífico y medio se helaba y se moría de asfixia.

También fue la Infierno, pero en el frigorífico; comiendo sin parar. Yo escribí una poesía a su memoria. Dice así:

*Como el rostro de Padre no había quien lo viera
Madre se encerró en la nevera.
Padre, dije yo, me siento muy desolado,
Madre está totalmente frappé.*

Ahora corrían abundantes lágrimas por la cara del joven. “Es una historia espantosa. Mucho peor, en realidad; porque mi pobre madre se suicidó también. Se pegó un tiro con una pistola.”

El Cadáver Feliz se detuvo súbitamente, arrojando al joven al suelo, y diciendo: “Estúpido, ¿crees que no lo sé? Soy tu madre. ¡Cómo te habría traído yo tan cerca del Infierno si llego a ser otra, una desconocida?”

—¡Mamá! —dijo el joven, temblando violentamente—. Perdóname.

—Tú siempre tomabas emparedados de mermelada de fresa, en el té.

Durante un momento se quedaron abismados los dos en el recuerdo de los emparedados de mermelada de fresa. Al cabo de un rato, dijo el Cadáver Feliz: “Ahora será mejor que vuelva; puesto que ya has olvidado a la chica blanca del caballo moteado como olvidan los que van camino del Infierno.

“En adelante debes recordar; y para recordar, debes volver solo.”

Para que el muchacho encontrase el camino de regreso, le ató una pierna a Great Scot, el terrier de pelo largo y negro. Se marcharon, y cabe esperar que encontraran el camino. El Cadáver Feliz se desintegró en ceniza y, riendo con gana, regresó a su árbol.